



Colección del MCSF

Aporte a la Muestra patrimonial “50 años de historias”

Dra. Lic. Silvia Inés Tomas

El Museo de la Ciudad de Santa Fe es un museo que recorre el propio territorio del cual es archivo. Uno puede sorprenderse con una muestra de su patrimonio en diferentes espacios de la ciudad: en el hall de ingreso a la terminal de ómnibus o en las salas del Mercado Progreso; esos fueron los lugares en donde fui espectadora de algunas muestras.

Al haber dejado de habitar diariamente Santa Fe en el año 2001, mi perspectiva sobre la historia, los registros, los paisajes y los lugares de la ciudad necesariamente se vio modificada. Miramos con otros ojos cuando aparece la distancia. También, cuando empezamos a cumplir la función de mediar entre los que son parte y los que son espectadores o visitantes. Y creo que los museos proponen a su público ese tipo de mirada dispuesta a redescubrir lo que ya se había visto alguna vez.

Entre los objetos que forman parte de las colecciones del museo, elegí destacar un conjunto de apliques florales. Éstos son reproducciones en tela de crisantemos, jazmines y flores más pequeñas, con sus tallos y sus hojas. Traen a mí, en primer lugar, el recuerdo del aplique para el cabello que usó mi madre para su casamiento, a mediados de la década del 70: era un ramito con una flor de gardenia modelada en tela. Pero, sobre todo, rememoro el efecto que me producía encontrarme y reencontrarme periódicamente con ese objeto preciado, conservado, que a su vez es la preservación en sí mismo de la efímera belleza de las flores.

En el campo del que provengo, el de la historia de las artes plásticas, existe un género pictórico que se conoce en español como “naturaleza muerta” (de modo similar en italiano y francés). Pero, en otros idiomas, como el inglés, el alemán o el holandés —el último, propio del lugar donde se inició la moda por este tipo de pinturas— el concepto utilizado es el de “*still life*” “*stilleben*” o “*stilleven*”, en todos estos casos la connotación es distinta, no remiten a una naturaleza *muerta*, sino a la idea de “vida inmóvil” o “vida detenida”, pero en ambas tradiciones, como lo analiza Guy Davenport, este tipo de pinturas, que pueden parecer una simple recolección de

elementos sobre una mesa, constituyen habitualmente alegorías de *Vanitas vanitatem* y *memento mori*: “una naturaleza muerta se convierte en símbolo de lo que van a quitarnos, aunque por el momento sólo constituya un signo de la bondad de Dios y la munificencia de la naturaleza” (*Objetos sobre una mesa*, 2002, p.19).

Estas flores de tela que en algún momento alguien eligió para adornarse, si bien no configuran una composición de objetos sobre una mesa, pretendían conservar inmóvil y para siempre el ser de las flores. Buscaban detener el tiempo, que marchita los pétalos, seca los tallos, resquebraja las hojas. Es verdad que ese tiempo es parte del ciclo de la vida, esta vida detenida es una vida artificial, pero, gracias a ella, hoy nos es permitido volver a ese tiempo detenido, no sólo el de las flores, sino también al de la creación de esos apliques florales.

Lo que fue una moda de una época, una costumbre que implicaba una habilidad, un conocimiento de alguien que moldeaba con bolillos esa tela para reproducir un jazmín, la corola de un crisantemo, o una flor de pensamiento, hoy nos resulta a la vez familiar y extraño.

Me interesó asimismo de este objeto el modo en que materializa el puente entre la naturaleza, las cosas y el arte. La intervención de un/a artista o artesano/a (como queramos llamarlo ahora que esas fronteras están desdibujadas), quien manipuló un material con una mirada estética, buscó llevar a la flor, encarnación de la belleza natural por excelencia, a una realización que captara su sutileza en un material como la tela, la seda, los hilos, de un carácter delicado similar. La naturaleza se convierte en objeto, prendedor, aplique, una cosa destinada al trivial y a la vez significativo acto de adornar, embellecer. Pero el objeto revalorizado no es una cosa más, es testimonio de cultura, de una época, de una moda y de la historia de las personas de una ciudad. Fue una moda fugaz, pero que se volvió perenne.

Silvia Inés Tomas

Doctora en Artes por la Universidad Nacional de Córdoba, licenciada y profesora en Bellas Artes, con orientación en teoría y crítica, por la Universidad Nacional de Rosario. Se desempeña como docente en la cátedra de Historia del Arte III de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y en Institutos Superiores de Formación Docente.



(Este aplique para el cabello es el que menciono)